

# II Domingo Adviento

Baruc 5,1-9; Filipenses 1,4-6.8-11; Lucas 3,1-6

« Voz que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas »

9 Diciembre 2012 P. Carlos Padilla Esteban

---

« Dios ha empezado una obra de arte con nosotros. La va a completar. Pero necesita su tiempo. Y en el camino nos entrega su amor »

**Tenemos que reconocer que nos gusta que las cosas cambien rápidamente.** Eso sí, cuando pensamos que tienen que cambiar. Si no es así, si nos gusta la realidad tal y como está, mejor no movemos nada. Pero cuando pensamos que es necesario un cambio, en nuestra vida o en la de los que nos rodean, nos gusta que los cambios sean rápidos. La paciencia no es una virtud muy abundante. Por eso no tenemos paciencia en la educación y nos cuesta tener que esperar a ver los resultados definitivos. Es así que nos gustan más las formas exteriores que nos hacen creer en un cambio ya real. Pero, como dice el P. Kentenich: *«La falencia de nuestra educación de hoy consiste en pretender realizar todo con excesiva rapidez. María garantiza ese desarrollo desde adentro, evitando así que sea un pegote que viene desde afuera»*<sup>1</sup>. Cuando los cambios no han surgido desde dentro, desde nuestro interior, se quedan sólo en apariencias, en pegotes, en formas pegadas a nuestra piel. Luego, cuando vienen las dificultades, esas formas caen y pierden fuerza. Si somos sinceros con nosotros mismos, la realidad es que nos gustan los cambios verdaderos y profundos y no los que duran sólo segundos. No obstante, nosotros nos empeñamos en que las cosas formalmente parezcan correctas y perfectas, porque es más fácil y más rápido. Así nos gusta todo más, así parece ya logrado lo que soñamos y la imagen que anhelamos parece hacerse realidad. Buscamos entonces resultados, y detrás de ellos, buscamos, querámoslo reconocer o no, nuestro propio éxito como personas y educadores: *«Cuando se actúa teniendo como único objetivo el éxito, ¡qué pronto se actúa en la práctica según la ley de que todo objetivo o todo fin justifica los medios! Lo principal en la educación es el servicio desinteresado a la vida. Y, ¡qué desdichado soy cuando no tengo éxito! En última instancia me busco a mí mismo»*<sup>2</sup>. El educador, sin embargo, asume siempre el riesgo de un posible fracaso en su tarea. No siempre nos resultan los cambios previstos. Ni en nosotros ni en los demás. No siempre logramos los resultados queridos. **Y a veces porque nos dejamos llevar por la prisa y no soportamos los procesos.**

**Educación no es una ciencia exacta. Dios y María son educadores geniales y, a pesar de ello, ¡cuántas veces fracasan con nosotros!** Ellos nos aman y nos respetan. Son las dos claves de la educación que no aseguran, sin embargo, el éxito, pero sí nos enseñan cómo se tienen que hacer las cosas. Decía el P. Kentenich: *«El respeto y el amor son el secreto del educador. Debe situarse frente al educando con respeto y amor, entonces también despertará respeto y amor»*<sup>3</sup>. El respeto al tiempo y a los procesos, el respeto a la originalidad propia y a la de la persona que tenemos delante. El respeto a la libertad del hombre que puede querer seguir otro camino. El respeto a los tiempos que exigen los cambios verdaderos y auténticos. La conversión no sucede de forma inmediata. Aunque los evangelistas suelen describir la conversión en pocas palabras, es el resumen de un proceso interior largo y difícil. En general el corazón se resiste al cambio. Por eso es tan importante respetar al otro. Respetar su vida y sus talentos. Respetar sus límites y procesos. Y todo ello siempre desde y en el

---

<sup>1</sup> J. Kentenich, Educación mariana para el hombre de hoy, 124

<sup>2</sup> J. Kentenich, "Jornada de Octubre 1951"

<sup>3</sup> J. Kentenich, "Jornada pedagógica 1951"

amor. Porque los educadores son aquellos «*que aman y que nunca dejan de amar*»<sup>4</sup>. Sin amor la educación no resulta. Dios nos ama y su amor acaba cambiando nuestra vida. El amor asemeja. En su amor somos transformados desde nuestra debilidad y ocurren milagros de gracias en nuestra vida. En el amor es posible entonces iniciar un nuevo camino. En el amor recibido comprendemos una gran verdad que comentaba una persona: «*Si el cielo me creó, debo ser de utilidad*». El amor nos muestra lo útiles que somos para Dios. Nos ha amado desde siempre. Pero a veces no nos dejamos amar. Nos cerramos a su misericordia. Es nuestro desafío, que el amor de Dios penetre nuestro corazón y nos haga crecer en el amor. Hoy nos dice San Pablo: «*Firmemente convencido de que, quien inició en vosotros la buena obra, la irá consumando hasta el Día de Cristo Jesús. Y lo que pido en mi oración es que vuestro amor siga creciendo cada vez más en conocimiento perfecto y todo discernimiento, llenos de los frutos de justicia que vienen por Jesucristo, para la gloria y alabanza de Dios*» Filipenses 1,4-6.8-11. Son palabras de esperanza que nos hacen confiar en el poder transformador de su amor. Estamos llamados a crecer en el amor. **Dios ha empezado una obra de arte con nosotros. La va a completar. Pero necesita su tiempo. Y en el camino nos entrega su amor.**

**Esta semana hemos celebrado a María como Madre Inmaculada.** Dios ha buscado a María en Nazaret. Ha buscado el humilde sí de una niña. Se ha hecho dependiente de su libertad. Como dice Benedicto XVI: «*Dios busca ahora una nueva entrada en el mundo. Llama a la puerta de María. Necesita la libertad humana. No puede redimir al hombre, creado libre, sin un sí libre a su voluntad. Al crear la libertad, Dios se ha hecho en cierto modo dependiente del hombre. Su poder está vinculado al sí no forzado de una persona humana*»<sup>5</sup>. Dios respeta el sí de María, su libertad de Hija. La ama y la respeta. Aguarda con anhelo su decisión, esperando ese espacio que se le puede abrir en el corazón de una niña. Desea el sí que cambie la vida de los hombres. El sí que permita que Dios se haga carne, se haga impotente, limitado y pobre. El sí que provoque un cambio en un mundo sin esperanza. Dios, que lo puede todo, se vuelve impotente ante la mirada de María. Aguarda. Espera. Me impresiona esa mirada de Dios sobre María. Así debe mirarnos Dios, así debía mirar Jesús en su paso por la tierra. Con mucho amor, con mucho respeto. Sostener la mirada de Dios es ya un milagro. Permanecer arrodillado y quieto ante su poder impotente es un misterio. La paciencia infinita de Dios. ¿Qué espera el corazón de María? Comentaba Benedicto XVI: «*Trata de comprender. Se muestra como una mujer valerosa, que incluso ante lo inaudito mantiene el autocontrol. Mujer de gran interioridad que une el corazón y la razón y trata de entender el conjunto del mensaje de Dios*»<sup>6</sup>. Mira a Dios sin comprender. Escucha que es llena de Gracia y espera. Medita en su corazón de niña que ama a Dios. Sólo espera Dios su «sí». Y María lo pronuncia: «*Hágase en mí según tu palabra*». Un sí que abre una grieta en el mundo. Un sí libre. Y Dios hace. Un sí que no acaba de comprender. ¿Hace falta comprender para decir que sí? Un sí consciente y lleno de audacia. Un sí pobre, porque nada tiene y confía ciegamente. Porque hace falta mucha fe y mucha confianza para ponerse en camino. Ella acepta a Dios en su alma. Se hace esclava. Abraza a Dios. Con dolor y esperanza. Muda y llena de amor y palabras. **En el silencio más bello que ha contemplado Dios. El silencio de una niña arrodillada.**

**María es Inmaculada, es la armonía perfecta, la llena de gracia.** En Ella nos miramos, como en ese espejo perfecto que soñamos. María nos enseña entonces no a reprimir sino a gobernar con prudencia nuestras pasiones, nuestro desorden interior. La educación consiste en encauzar la vida y las pasiones, no en hacerlas desaparecer. Consiste en elevar a lo alto esas fuerzas que surgen en el fondo del alma. Esas fuerzas que pretenden gobernar nuestras decisiones. La fe con su idealismo, y la vida con sus pasiones, están llamadas a la integración. Fe y vida se unen en María. En Ella encuentran la armonía anhelada, se integran. Por eso los ideales nos ayudan a encauzar toda la vida de nuestro interior. No son

---

<sup>4</sup> J. Kantenich, “Mi pedagogía de la educación”, 1961

<sup>5</sup> J. Ratzinger, Benedicto XVI, “La infancia de Jesús”, 42

<sup>6</sup> J. Ratzinger, Benedicto XVI, “La infancia de Jesús”, 40

un «*deber ser*» externo a nosotros, sino una fuerza que transforma nuestra vida desde el corazón. Son esa luz que surge desde lo profundo y nos conduce. Decía el P. Kentenich: «*María es nuestra guía. ¿Qué podemos temer? Ella nos guiará y ayudará en la profundización y conquista de nuestro mundo interior*»<sup>7</sup>. María nos educa y nos ayuda a vivir haciendo que nuestra fe se haga carne en nuestro día a día. No buscamos sólo ser educados a base de esfuerzo y voluntad. María es la que va cambiando nuestra vida. Dios nos da serenidad y esperanza. Ya lo dice San Bernardo: «*El desconocimiento propio genera soberbia, pero el desconocimiento de Dios genera desesperación*». Y el hombre de hoy desconoce su propio corazón, lo que le hace caer en la soberbia. Y al mismo tiempo no conoce a Dios, por lo que experimenta la desesperación. **Estamos llamados a mostrar a Dios para que en Él el hombre conozca su propio ser, entienda quién es y ante quién se puede arrodillar.**

**Hay muchas cosas en nuestra vida que no nos gustan.** No somos inmaculados. Caemos y nos levantamos. Nos confrontamos con luchas internas que nos provocan tantas veces desaliento. Por eso, cuando la autoeducación no nos resulta y no cambiamos, la frustración nos entristece. Entonces, en esos momentos en los que no logramos ser fieles en aquello a lo que nos hemos comprometido, o no llegamos a realizar lo esperado, caemos fácilmente en poner excusas y pretextos. Nos justificamos con mucha frecuencia y encontramos razones para no llegar a la meta. En ocasiones las excusas son verdaderas y resulta que tenemos razones suficientes para actuar de una determinada manera o para que no nos hayan resultado los planes como teníamos previsto. Sin embargo, otras veces sólo son pretextos, es decir excusas falsas, que no logran tranquilizar nuestra conciencia. Es cierto entonces que poner excusas suena a un intento por justificar nuestras decisiones. Lo importante es que no siempre necesitemos justificar nuestros actos. No es necesario tener explicaciones para todo. A veces parece que actuamos de cara a la galería y esperamos que todos estén contentos con nuestras decisiones y nuestro rendimiento. Y en todo caso comprendan y perdonen cuando no estamos a la altura y fallamos. Por eso nos excusamos con facilidad. Intentamos que todo cuadre en nuestra cabeza y buscamos excusas para justificar cuando no resulta todo como habíamos pensado. Sin embargo, lo importante es lo que leía el otro día: «*Busca la excelencia en algo y deja tu huella personal, por humilde que sea, a tu paso por el mundo*»<sup>8</sup>. Sin pretender hacerlo todo bien y lograr siempre las metas señaladas; tenemos que caminar dejando la huella humilde de nuestro paso. **No la mejor huella, no la más destacada, pero sí la nuestra, la más original y sencilla. Sin excusas, sin pretextos.**

**En este segundo domingo de Adviento nos preguntamos de nuevo:** ¿Qué queremos que cambie en nuestras vidas en este Adviento? ¿Se notará que creemos de verdad en Cristo? En el año de la fe queremos que nuestra fe en Cristo se haga vida y se manifieste en nuestra vida cotidiana. Queremos ser testigos de la esperanza. Los profetas mantenían encendida la esperanza de Israel. Lo escuchamos hoy por la boca del profeta Baruc y nuestra esperanza entonces se hace más fuerte: «*Jerusalén, quítate tu ropa de duelo y aflicción, y vístete para siempre el esplendor de la gloria que viene de Dios. Envuélvete en el manto de la justicia que procede de Dios, pon en tu cabeza la diadema de gloria del Eterno. Porque Dios mostrará tu esplendor a todo lo que hay bajo el cielo. Pues tu nombre se llamará de parte de Dios para siempre: - Paz de la Justicia y Gloria de la Piedad. Levántate, Jerusalén, sube a la altura, tiende tu vista hacia el Oriente y ve a tus hijos reunidos desde oriente a occidente, a la voz del Santo, alegres del recuerdo de Dios. Salieron de ti a pie, llevados por enemigos, pero Dios te los devuelve traídos gloria, como un trono real. Porque ha ordenado Dios que sean rebajados todo monte elevado y los collados eternos, y colmados los valles hasta allanar la tierra, para que Israel marche en seguro bajo la gloria de Dios. Y hasta las selvas y todo árbol aromático darán sombra a Israel por orden de Dios. Porque Dios guiará a Israel con alegría a la luz de su gloria, con la misericordia y la justicia que vienen de él*» Baruc 5,1-9. En un mundo que no cree que las cosas puedan mejorar, nosotros miramos con la fe del profeta.

---

<sup>7</sup> J. Kentenich, “Charla comienzo noviembre 1912”

<sup>8</sup> Bernabé Tierno, “El triunfador humilde”, 98

Miramos a lo alto, a la venida de Cristo. Miramos a Dios que conduce el mundo. Y salimos alegres al encuentro del Señor. **Él va a hacer posible los cambios, Él va a mostrarnos el camino que tenemos que seguir. Él nos guía y nos hace libres.**

**Nosotros, como un símbolo, encendemos hoy una segunda vela.** El viejo tronco está rebrotando y se estremece porque Dios se ha sembrado en nuestra carne. Queremos abrir el corazón a la venida del Señor. Viene para quedarse en nosotros. Queremos que arda esta segunda vela en el corazón y mantenga fuerte la esperanza. La luz hace más nítido el camino. Hoy exclamamos con fe: ¡Ven pronto, Señor! ¡Ven, Salvador! En este domingo escuchamos esa voz de Juan Bautista que clama en el desierto: *«Fue dirigida la palabra de Dios a Juan, hijo de Zacarías, en el desierto. Y se fue por toda la región del Jordán proclamando un bautismo de conversión para perdón de los pecados, como está escrito en el libro de los oráculos del profeta Isaías: Voz que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas; todo barranco será rellenado, todo monte y colina será rebajado, lo tortuoso se hará recto y las asperezas serán caminos llanos. Y todos verán la salvación de Dios» Lucas 3,1-6.* La voz de Dios hoy tampoco es escuchada, clama en el desierto de los hombres y nadie la escucha. La voz de los profetas, de la Iglesia, tampoco es escuchada, porque el corazón del hombre se ha endurecido. Oye demasiadas cosas. Pero no encuentra a Dios. Tal vez también nuestro propio corazón está duro y cerrado. Se trata entonces de trabajar la tierra para que la semilla pueda dar su fruto. Se trata de enderezar lo torcido, de elevar lo hundido y de allanar lo elevado. **Son tareas difíciles porque hay muchos aspectos de nuestra vida en los que tenemos que crecer durante estos días de conversión que nos regala la Iglesia.**

**Es necesario que enderecemos todo lo que está torcido en nuestro corazón.** No siempre seguimos el camino señalado. No siempre vamos en la dirección que Dios espera. Nos torcemos y desviamos. Seguimos otras rutas y nos dejamos atraer por otros paisajes. Nos agrada el mundo y nos atamos a veces de forma obsesiva y enfermiza a los bienes, a los proyectos, al honor y la gloria, al éxito. Perdemos la paz en este mundo en el que todo cambia y pasa sin darnos cuenta. Y nosotros cambiamos dejándonos llevar. Enderezar significa dar el rumbo querido a nuestra vida. ¿Nos gusta hacia dónde caminamos? Por eso es tan importante saber cuál es la ruta. Si no sabemos la meta es difícil que podamos dar los pasos necesarios. ¿Qué tenemos que enderezar en el alma? ¿Qué tendencias de nuestra vida nos quitan la alegría? ¿Sabemos bien hacia dónde vamos? Enderezar la senda para que nuestros pasos y los de Cristo se encuentren. Pero, ¿camina Él por nuestra vida? Sí, camina en todo lo que hacemos, aunque luego no reconozcamos su voz, ni su mirada, ni sus huellas. Camina en lo humano de nuestro caminar, porque todo lo nuestro le interesa. Queremos tocar sus pies, acariciar sus manos, beber en sus huellas. Queremos llenarnos de su voz, devorar sus palabras. Él se apasiona por nuestra vida, por nuestra naturaleza débil, por todo lo que nos alegra e inquieta. Él nos busca y no lo vemos. Nos abraza y no lo sentimos. Queremos reconocer su carne viva, siempre nueva. Notar su presencia y saber que seguimos por el camino que Él quiere. Aunque nos queden dudas. Aunque pensemos que podemos estar equivocados. Pero si Él está, todo es distinto. Hay muchos caminos que enderezar. En el mundo, en nuestra vida. Queremos profundizar y pedirle a Dios que nos muestre hacia dónde vamos. **Queremos que Cristo nazca y marque el camino a seguir.**

**Es fundamental que elevemos los valles del desánimo y la desesperanza.** En ocasiones nos lamentamos de nuestra suerte y no aprendemos de las piedras del camino. Decía Jorge Font desde la experiencia de su discapacidad: *«En una vida ancha caben más colores, más personas, más experiencias. Enfrentarse a la adversidad no sólo templó el espíritu propio, sino que puede servir de inspiración a los demás y eso, eso es lo que de verdad importa en la vida»*<sup>9</sup>. Cuando nos enfrentamos a la adversidad vencemos el desánimo y la desesperanza. Nos damos cuenta del valor de la lucha y no tiramos la toalla vencidos por la tristeza. Es la lucha

---

<sup>9</sup> Pepe Álvarez de las Asturias. Daniel Losada Casanova, “Lo que de verdad importa”, 89

contra las piedras del camino en la que nos hacemos fuertes. El otro día leía una reflexión sobre la piedra en el camino: *«El distraído tropezó con ella. El violento la utilizó como proyectil. El emprendedor, construyó con ella. El campesino, cansado, la utilizó de asiento. Para los niños, fue un juguete. David, mató a Goliat. Y Miguel Ángel le sacó la más bella escultura. En todos estos casos, ¡la diferencia no estuvo en la piedra sino en el hombre! No existe “piedra” en tu camino que no puedas aprovechar para tu propio crecimiento»*. Esta reflexión nos ayuda a mirar las piedras con optimismo. Hay cruces que nos entendemos y ante las que nos rebelamos. Son siempre trampolines que nos ayudan a elevarnos. No podemos hundirnos en los valles del desánimo porque así no avanzamos. El Señor viene a elevar esta tristeza nuestra, cuyo origen tantas veces desconocemos. Queremos sostenernos en su mirada confiada. **Queremos sonreír en las dificultades y caminar confiados sobre las aguas.**

**Es un don de Dios el llegar a poder allanar los montes de la soberbia y del orgullo.** El tiempo de Adviento y de Navidad nos regala una oportunidad para crecer en la humildad y en la mansedumbre. Decía Benedicto XVI: *«El método de Dios es el de la humildad –Dios se ha hecho uno de nosotros–, es el método de la Encarnación en la simple casa de Nazaret y en la gruta de Belén, como aquello de la parábola del grano de mostaza. No debemos temer a la humildad de los pequeños pasos y confiar en la levadura que penetra en la masa y poco a poco la hace crecer»*. Cuando nos abajamos, cuando nos inclinamos ante lo que nos produce desprecio, nos hacemos más libres. Nos hacemos pequeños como esa semilla que crece en el silencio de la tierra. El mundo no busca la humildad. El hombre quiere ser poderoso como Dios. Por eso nos recuerda Benedicto XVI: *«Dios es considerado una y otra vez como el límite de nuestra libertad, un límite que se ha da abatir para que el hombre pueda ser totalmente él mismo. Dios, con su verdad, se opone al a multiforme mentira del hombre, a su egoísmo y a su soberbia»*<sup>10</sup>. Nos hacemos libres al entregarle a Él nuestra libertad. Al hacernos dependientes. Al vencer nuestro orgullo y vanidad. En su lecho de muerte Francisco recordaba el beso que le dio a un leproso y por el que se hizo libre: *«Aquello que me parecía amargo, se me tornó en dulzura del Alma y del cuerpo. Poco después salí del siglo»*. Ese beso que temía lo liberó de sus cadenas, lo hizo libre del mundo y sus apegos. Se abajó para que Dios lo elevara. Si hizo humilde para dejar a Dios vivir en su carne. El simple beso a un leproso. ¡Cuántas cosas en la vida nos producen rechazo! Pensamos que no son para nosotros. Nos sentimos dignos y no nos gusta sentirnos humillados. **Miramos desde la torre de nuestro orgullo juzgando el mundo.**

**¡Qué importante es entonces la oración para que las cosas comiencen a cambiar!** Sin oración no hay milagros de transformación. Una persona lo expresaba así: *«Me gusta rezar escuchando las flores, respirando la música, bebiéndome a la Virgen, después de haberte encontrado. Me gusta esa forma de rezar en la que sientes a los demás tan cerca. Me gusta rezar por alguien que cree más que yo. Y llorarle las lágrimas que no sabía que aún tenía, que sí tenía. Me gusta quedarme en silencio y que las palabras las pongan otros. Y me gusta que nadie ponga palabras»*. Es la oración que nos desborda y nos hace niños. La oración que supera todo lo que el corazón desea. La oración que saca lo más auténtico y nos hace exclamar: *«El Señor ha estado grande con nosotros, y estamos alegres. Cuando el Señor cambió la suerte de Sión, nos parecía soñar; la boca se nos llenaba de risas, la lengua entre cantares. Hasta los gentiles decían:- El Señor ha estado grande con ellos. Los que sembraban con lágrimas, cosechan entre cantares. Al ir, iban llorando, llevando la semilla, al volver, vuelven cantando, trayendo sus gavillas»* Sal 125,1-2ab.2cd-3.4-5.6. Una oración de agradecimiento y confianza. Un canto de gratitud y alegría. La Madre Teresa decía: *«Si confías en el Señor y en el poder de la oración, podrás superar todos los sentimientos de duda, temor y soledad que suelen sentir las personas»*<sup>11</sup>. Queremos aprender a rezar; queremos acostumbrarnos al silencio en el alma. La oración todo lo transforma, casi sin darnos cuenta. El Adviento nos invita al silencio y a la contemplación. ¡Cuánto nos cuesta contemplar en silencio! **Queremos aguardar su llegada atentos y en oración.**

<sup>10</sup> J. Ratzinger, Benedicto XVI, “La infancia de Jesús”, 92

<sup>11</sup> Madre Teresa de Calcuta, “Camino de sencillez”, 55